

tido miles de antropólogos y arqueólogos; y lo sintieron los rudos extremeños de la Conquista; y antes aún, algo igualmente súbito y sagrado debieron de sentir los toltecas, los náhuas, cuando llegaron al valle de México y se encontraron esa ciudad descomunally, y la encontraron descomunally vacía, inexplicablemente sola. Que los miles y miles de varones que levantaron esas moles yacieran muertos bajo tierra es algo propicio a ser pensado, pero que nadie humano vivo permaneciera allí para venerar a los dioses, recordar a los muertos y vivir, es un suceso entre ininteligible y pavoroso que ni la conciencia mágica de los toltecas ni la conciencia lógica de los estudiosos modernos se resignan a asumir en su temible desnudez. Los lógicos de hoy conjeturan epidemias, sequías, incendios provocados por tribus enemigas, asaltos y matanzas; mas nada de esto explica la soledad de esa ciudad, el silencio orgulloso de esas piedras: una epidemia, una sequía, no habría durado siempre; una matanza, incluso un genocidio cometido contra los habitantes teotihuacanos, habría dejado en el lugar de la derrota al vencedor, reinando con soberbia en la ciudad soberbia. En cuanto a la conciencia mágica del tolteca que varios siglos antes de la Conquista se sintió deslumbrado y aterrado por la ciudad vacía, prefirió conjeturar que Teotihuacan había sido construida por gigantes innominados y remotos. Todavía en el siglo XVI, los aztecas, como una prueba de la existencia de aquella conjetura de enigma de gigantes, mostraban a los españoles fémures de metro y medio de tamaño. Esos fémures desafortunados pertenecían en realidad a lejanos mamuts del pleistoceno. Pero lo cierto, lo que produce escalofrío en la conciencia de los náhuas del año mil y en la conciencia del estudioso de finales del siglo XX, es que el origen de los habitantes de la ciudad de Teotihuacan se mantiene desconocido. Las raíces de una concepción de la vida levantaron una ciudad que alguna vez fue la mayor del mundo, organizaron una teogonía, impulsaron a seres que deambularon por el valle y dialogaron con sus dioses, y finalmente esas raíces se enterraron, se diluyeron bajo el mundo, para que aquellos náhuas pensaran ofuscadamente en gigantes y estos especialistas o viajeros sintamos que desde el viento en Teotihuacan una viril brisa de siglos nos azota suavemente la cara.

Son los siglos que contemplaron cómo hace más de dos milenios los habitantes de pequeñas aldeas dispersas por los valles de México y de Puebla (pero esos nombres son recientes) se unen formando un pueblo numeroso. Son los siglos quienes consienten que Ignacio Bernal nos confíe que «lo que había sido el centro más importante del valle de México, Cuicuilco, había desaparecido cubierto por la lava que arrojó el Xitle. Vecinos de aquí y de otros lados se fueron congregando en el futuro Teotihuacan». Son los siglos quienes contemplan la misteriosa edificación de esas pirámides, el esplendor de esa ciudad, un cierto desarrollo agricultor entre los manantiales de la zona (manantiales que ya no existen), una incipiente industria de obsidiana. Son los siglos —del I al VI de nuestra Era— quienes contemplan la erección de palacios sacerdotales en los que se emplearon la columna y la bóveda; la fiebre que construyera en Teotihuacan observatorios astrológicos; la proliferación de esculturas bruscamente barrocas; la aparición de pinturas murales; la producción de ornamentos de jade y de cerámica; el júbilo de los adornos de plumaje; un esplendor de conocimientos matemáticos que ya manejó el cero; el calendario rumoroso; la alquimia del papel. Son los siglos quienes contemplan sus armas de piedra y de obsidiana (desconocían entonces los me-

tales), sus relaciones comerciales con toda Mesoamérica (importaban algodón, jade, bermellón, conchas y vasijas de barro) y su influencia cultural desde Cholula, en el territorio de Puebla, hasta Kaminaljuyu, en Guatemala, y desde El Tajin, en Veracruz, hasta la maya Yucatán. Son los siglos, en fin, quienes contemplan el abandono de la ciudad de Teotihuacan (las pestes, las invasiones, los exterminios, las sequías, nos ayudan a reposar en conjeturas, pero no nos explican por qué más adelante existirán teotihuacanos en otros territorios de México mientras las piedras de Teotihuacan, puestas de pie, contemplan con orgullo solitario, y tal vez con desdén, la llanura), y son los siglos, finalmente, lo que acude disfrazado de viento hasta la cara del viajero, que ha llegado a la cúspide de la Pirámide de la Luna, que mira absorto desde allí estas ruinas que son a la vez un misterio y una señal formidable del paso de los hombres por el tiempo y la vida. Me da el viento en la cara, me da el tiempo en la cara, como un lenguaje de recuerdos que no son míos excepto en forma de emoción, como un lenguaje de muertos y de dioses; y entonces, conmovido, y allá desde lo alto de esa Pirámide lunar, como si fuera una oración recito lentamente un poema náhuatl que se llama *Fugacidad universal (An nochipa tlalticpac)*: «¿Acaso de verdad se vive en la tierra? No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí. Aunque sea jade, se quiebra. Aunque sea oro, se rompe. Aunque sea plumaje de quetzal, se desgarrar. No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí».

Quetzalcóatl

En 1974, en Editions Gallimard, y en 1977, en el Fondo de Cultura Económica, apareció un grueso volumen sobre «La formación de la conciencia nacional en México»; su título es *Quetzalcóatl y Guadalupe*; su autor, el historiador y americanista francés Jacques Lafaye. Resumir un tema tan ambicioso como el del análisis de las raíces de la conciencia de una nación en la consignación de dos nombres propios puede parecer una exageración de la capacidad de síntesis. No lo es. En la historia del ser de las comunidades —que es algo más cotidiano, pero a la vez más dilatado y misterioso que aquello a lo que con mayúscula pomposa le llamamos la Historia—, una palabra, un nombre, puede ser una raíz de orígenes remotos y de finalidad impredecible. Hasta en la mera historia literaria hay palabras, o nombres propios, que por sí mismos mencionan a una vasta literatura y a una parte de la conciencia de una nación. En España, la palabra *Quijote* no se resigna a abarcar únicamente a un libro, y ni siquiera a un arquetipo; incluso excede a la nominación de parte del ser español y se desplaza hasta medir un atributo de lo humano. Con las palabras Quetzalcóatl y Guadalupe sucede que el lenguaje adquiere dimensiones vertiginosas en donde un nombre gira en los espacios de la conciencia y de la historia como eje de un sistema planetario. Esos planetas serían las diversas culturas que conforman la conciencia de México. Y esa conciencia abreva, desde hace muchos siglos, su laboriosa sed (aún inconclusa, por fortuna) en los nombres de Guadalupe y Quetzalcóatl.

Sobre la Virgen que, según propone la leyenda, se le apareciera al indígena Juan Diego el sábado 9 de diciembre del año 1531 en la colina de Tepeyac es posible decir

que su nombre denomina a poblaciones, tierras, ríos, municipios, rancheríos, villorrios mexicanos; que su rostro mestizo se disemina por las catedrales, iglesias, monasterios, ermitas y altarcitos improvisados; que su estampa preside la pobreza de tabiques de piedra, de rasilla, de adobe o de cartón en las casas de innumerables mexicanos; que en forma de escapulario y de estandarte amparaba las furiosas batallas no tan sólo de la Revolución cristera, sino también la entrada en combate de los insurgentes de Hidalgo y de Zapata, y que unos y otros combatientes, con caudillos de ideología adversaria, solían morir pronunciando su nombre; que muchos mártires de la revolución solían gritar un ¡Viva México! o un ¡Viva mi general Zapata! pero también un ¡Viva la Virgen de Guadalupe! momentos antes de caer asesinados por el fusilamiento. La penetración de la Virgen mestiza en el ser mexicano se debe, es presumible, a dos hechos fundamentales: uno, la tensión religiosa de la conciencia indígena precolombina tras siglos de cultura teocrática, o, para decirlo de otro modo, la larga tradición del indígena mexicano, anterior al siglo XVI, en el afán de interpretar el universo acompañado de sus dioses; otro, el hecho de que Guadalupe moviera el remoto corazón de Juan Diego precisamente en la colina de Tepeyac; en ese mismo sitio había existido tiempo atrás un santuario: el santuario de Tonantzin («Nuestra madre»), diosa de la fertilidad a la que los aztecas pedían la intercesión de su misericordia ante los azotes climáticos o ante la cólera de los dioses cuyo lenguaje era el castigo. En la teogonía azteca, Tonantzin acogía al terror, lo acunaba y lo untaba de compasión. Otro tanto hará más tarde Guadalupe en la conciencia mexicana. Todavía hoy los peregrinos suelen nombrar a su Virgen con dos palabras que tal vez nunca fueron menos que una: Guadalupe-Tonantzin. En ese sincretismo está apoyado un cierto movimiento oscuro del ser de muchos mexicanos.

Unamuno les llamaba intrahistoria a ciertas turbulencias silenciosas y duraderas que palpitan en la conciencia de las comunidades y que a veces, de manera volcánica, desgarran las delgadas montañas del presente y arrojan, como materia ardiendo, un súbito fuego de siglos, inesperado y al mismo tiempo inexorable. De igual forma podríamos llamar intralenguaje a ciertas propiedades de los nombres, propiedades tumultuosas que preñan la barriga a esos nombres, los fuerzan, los agrietan, hasta obligarnos a saber que el lenguaje es en verdad otro rostro del universo, que las frases son sistemas solares, que hay palabras majestuosas y rítmicas cuyo ímpetu suntuoso y pausado se parece al de los planetas. Quien no se atreva o no sepa intuir la bárbara grandeza que pudorosamente se comprime y habita en la inestable frontera de los nombres, no tan sólo carece de la acongojante alegría de gozar un poema, sino también, quizá, carecerá del fragor de saberse parte del cosmos y del júbilo de comprender hasta dónde es sagrada su vida. Por eso —no sólo por terror— existen los mitos y los dioses. No es, en absoluto, casual que nuestra especie no tenga memoria de una sola cultura, en cualquier lugar de la Tierra, que careciera de dioses o de mitos; que no exista ni una sola nación que no conserve en su afán o en su memoria ritos, mitos o dioses.

Pocas naciones hay en este rompecabezas metafísico al que llamamos Occidente tan sembradas de mitos, de ritos y de dioses como la nación mexicana. Pisamos ciertas piedras y un gemido enigmático lleno de majestad y escalofrío parece mordernos los pies. Miramos tal ruina y una bandada de leyendas se nos agita delante de los ojos. Con-